

UN INCÓMODO INQUILINO EN MI CASA

DOLORES DEL CORAZÓN

Era Navidad. Estábamos de vacaciones toda la familia en un pequeño pueblo cercano a la capital. Caminábamos por las estrechas calles decoradas con adornos navideños. A mi madre siempre le habían encantado estas fechas, pero esta vez no; esta vez era diferente. Tenía constantes cambios de humor e, incluso, alguna vez se había llegado a perder en el pueblo, pese a la escasa extensión que éste tenía. No habían sido las mejores vacaciones que habíamos tenido, eso estaba claro. Una vez que llegamos a Salamanca, cada vez notaba a mi madre peor, y más distante de mí.

Las últimas semanas de vacaciones fueron un tanto extrañas. Mi madre, a veces, se olvidaba de lo que habíamos dicho horas antes. Decía que era porque estaba cansada del viaje, así que no le dimos importancia. De vez en cuando, decía alguna que otra cosa sin sentido, en Nochevieja hasta preguntó por qué comíamos uvas y no avellanas.

Una fría mañana de enero salí del colegio y cuando llegué a casa mi madre no estaba. Mi padre llamó y me dijo que estaba en el hospital, le habían diagnosticado Alzheimer. En ese momento no supe qué hacer ni cómo reaccionar.

Mi madre tardó unos días en volver a casa, pues le estaban haciendo algunas pruebas. Cuando llegó, no paraba de decir cosas extrañas que nadie entendía.

Hacía cosas que nunca había hecho. Lloraba en su habitación y nos maldecía, porque decía que habíamos cambiado todo de sitio, cuando todo seguía como antes.

Las primeras semanas fueron las más duras, yo no sabía cómo afrontarlo, y mi hermano pequeño aún menos. Nunca había visto a mi padre tan triste, aunque él decía que todo estaba bien y que íbamos a salir adelante.

Fueron pasando las semanas, y mi madre cada vez estaba peor. A veces me llamaba por otro nombre, y otras, incluso, olvidaba que era su hija. Para mí era muy duro llegar a casa y ver cómo ella estaba sentada en el sillón observando fijamente la televisión, sin siquiera percatarse de que había llegado. Siempre entraba para darle un beso y preguntarle qué tal la mañana. Había días que me recibía felizmente, al siguiente podía ni dirigirme la palabra.

Cuando comíamos ni siquiera hablaba. Mi hermano le hacía preguntas y le hablaba de lo que había hecho esa mañana, pero a ella no parecía importarle. A veces decía cosas sin sentido, pedía a mi padre que lavara al perro antes de irse a trabajar, cuando no teníamos mascota; tiraba cosas porque decía que se movían cuando ella se daba la vuelta y nació en ella una obsesión por las camisetas blancas. Cada vez que salíamos a dar un paseo y veía una en el escaparate de una tienda, necesitaba comprarla; decía que era diferente a todas las demás que tenía en el armario.

Ahora mi madre ya no puede estar sola en casa. Siempre está bajo supervisión de mi padre o mi tío, pero ella no sabe quiénes son realmente. Tampoco nos reconoce ni a mi hermano ni a mí. Cuando estamos en casa, hay que ayudarla a comer, pues tampoco recuerda cómo hacerlo; a veces escupe la comida, porque dice que le hemos echado algo. Muchas veces pierde los estribos y nos grita cosas muy ofensivas.

Convivir con ella es mucho más duro de cómo lo había imaginado hace un año cuando le diagnosticaron esta enfermedad. Nunca sé qué piensa o cómo se siente. No sabe quién soy ni recuerda todo lo que hemos vivido juntas. Tampoco se comunica con nosotros, ya que no sabe cómo hacerlo. Convivimos el Alzheimer, mi madre, mi padre, mi hermano y yo. Y... aun no sé qué hacer ni cómo afrontarlo.